

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



LA CONCEPCIÓN TEOLÓGICA DE LOS TLAMATINIME

Conviene advertir desde un principio algo que sin duda tiene importancia en el estudio de los textos nahuas en que se conserva lo más elevado del pensamiento teológico de los *tlamatinime*. El punto en cuestión es que, tanto en los *Anales de Cuauhtitlán* como en los textos de los informantes de Sahagún, nos encontramos con que se atribuye siempre un origen tolteca a las más hondas y abstractas especulaciones acerca de la divinidad.

¿Se trata de un mero símbolo con el que se pretende subrayar lo antiguo y estimable de este saber acerca de lo divino? Porque es cierto que para los nahuas del periodo inmediatamente anterior a la Conquista —aztecas, tezcocanos, etcétera— la *toltecáyotl* (*toltequidad*) llegó a implicar lo más elevado y perfecto en todas las artes y ciencias, hasta hacer que la palabra *toltécatl* se convirtiera en sinónimo de sabio y artista.³³

Mas, aun siendo esto cierto, creemos, no obstante, que la respuesta al problema de la antigüedad y origen del meollo de las ideas teológicas nahuas nos la puede dar un viejo poema que aparece intercalado en el texto conocido como *Historia tolteca-chichimeca*. Un análisis lingüístico de dicho poema revela, como lo indicó ya Garibay en su *Historia*, su “carácter de mayor primitivismo”.³⁴ Y el contexto en que aparece muestra a las claras, por lo menos en este caso, que se trata de un poema de origen muy anterior al tiempo de los aztecas, ya que era conocido y cantado por algunas tribus errantes (chichimecas), esparcidas probablemente al sobrevenir la ruina

³³ Así, por ejemplo, en los *Textos de los informantes de Sahagún*, v. VIII, f. 117v., al hablar del pintor (*tlacuilo*) vemos que se dice que es *tlílatl toltécatl* (tolteca de la tinta negra); al referirse al orador (*ibid.*, f. 122), se afirma que es *tentoltécatl* (tolteca del labio, o de la palabra), etcétera.

³⁴ Véase la autorizada opinión de Garibay acerca de este punto en *Historia de la literatura náhuatl*, t. I, p. 128-130.

del último imperio tolteca. Ahora bien —y aquí está el punto que nos interesa—, en este poema se habla ya del mismo principio dual supremo, cuyo descubrimiento los otros textos posteriores atribuyen a los sabios toltecas.³⁵ Cabe pues sostener sobre esta base de evidencia histórica que es del todo cierto afirmar, como lo hace Caso, que:

una escuela filosófica muy antigua (*al menos desde la época tolteca, añadimos*), sostenía que el origen de todas las cosas es un solo principio dual, masculino y femenino, que había engendrado a los dioses, al mundo y a los hombres...³⁶

Mas conviene aclarar —como lo prueban los textos que vamos a aducir— que esas ideas de antiguo origen tolteca no constituían una muerta herencia intelectual en el mundo náhuatl, sino que seguían siendo objeto de apasionada especulación por parte de los *tlamatinime* del periodo inmediatamente anterior a la Conquista. Porque tomando ellos dicho núcleo de ideas como objeto de su conocimiento metafísico-poético (*flor y canto*), en vez de aceptar simplemente toda esa antigua concepción teológica, se plantearon problemas acerca de ella, como el que ejemplifica esta pregunta:

¿dónde está el lugar de la luz,
pues se oculta el que da la vida?³⁷

Y luego, refiriéndose más expresamente al que podríamos llamar modo tolteca de concebir el principio supremo, se proponen las siguientes preguntas:

¿A dónde iré?,
¿a dónde iré?
El camino del dios de la dualidad.
¿Por ventura es tu casa en el lugar de los descarnados?
¿Acaso en el interior del cielo?,

³⁵ El poema en cuestión que más adelante, en este mismo capítulo, daremos traducido íntegramente al castellano puede verse en la edición facsimilar de la *Historia tolteca-chichimeca*, publicada por Ernst Mengin, en el *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, Copenhagen, 1942, en la p. 33.

³⁶ Alfonso Caso, *La religión de los aztecas*, p. 8.

³⁷ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 62r; AP I, 4 (última línea).

¿o solamente aquí en la tierra
es el lugar de los descarnados?³⁸

Pretenden saber los *tlamatinime* cuál es el camino que lleva a *Ometéotl* (dios de la dualidad), como aquí explícitamente es designado. Para encontrar la respuesta se formula una triple interrogación que menciona tres posibilidades distintas: ¿vive en el cielo, o abajo en el lugar de los descarnados, o solamente aquí en la tierra?

La solución hallada por los *tlamatinime* nos la han dado ya los textos cosmológicos que hablan de la acción sustentadora de *Ometéotl* en el ombligo de la tierra, y de su multipresencia en las aguas color de pájaro azul, en las nubes, en *Omeyocan*, más allá de los cielos, y aun en la misma región de los muertos.³⁹

Y también en los *Cantares* hay uno en el que por el camino de la poesía —flor y canto— señalan los *tlamatinime* una vez más la que hemos llamado multipresencia del Dador de la vida:

En el cielo tú vives;
la montaña tú sostienes,
el Anáhuac en tu mano está.
Por todas partes siempre eres esperado,
eres invocado, eres suplicado,
se busca tu gloria, tu fama.
En el cielo tú vives:
el Anáhuac en tu mano está.⁴⁰

Tal es la forma como concebían los *tlamatinime* al Dador de la vida, presente en los rumbos más importantes del universo, sin que falte siempre la idea de que su morada por antonomasia está en los cielos, en lo más elevado de ellos, como lo indica expresamente el *Códice Vaticano A 3738*. Y, junto con esto, menciona también el poema, en bella metáfora, la acción cimentadora del Dador de la vida, que a la montaña sostiene y coloca en su mano el *Anáhuac*.

Resuelta así satisfactoriamente la pregunta de los *tlamatinime* acerca del sitio físico y del más allá metafísico (el *Omeyocan*) donde

³⁸ *Ibid.*, f. 35v; AP I, 31.

³⁹ Véase *Códice florentino*, f. 34r, y *Anales de Cuauhtitlán*, f. 4.

⁴⁰ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 21v; AP I, 32.

mora el Dador de la vida, es ya conveniente pasar a ocuparnos de la idea filosófica náhuatl del principio supremo considerado en sí mismo. Oigamos lo que refirieron a Sahagún sus informantes a este respecto:

- 1 Y sabían los toltecas
- 2 que muchos son los cielos,
- 3 decían que son doce divisiones superpuestas.
- 4 Allá vive el verdadero dios y su comparte.
- 5 El dios celestial se llama Señor de la dualidad;
- 6 y su comparte se llama Señora de la dualidad, Señora celeste;
- 7 quiere decir:
- 8 sobre los doce cielos es rey, es señor.⁴¹

Por contener este texto ideas de particular interés para la comprensión del tema que estudiamos, vamos a analizarlo con mayor detenimiento.

Comentario del texto:

Línea 1. *Y sabían los toltecas.*

Indicando su antigüedad, y tal vez para subrayar también lo profundo de esta doctrina, comienzan los informantes indígenas por señalar el origen tolteca de lo que a continuación exponen.

Líneas 2 y 3. *que muchos son los cielos, decían que son doce divisiones superpuestas.*

Se está aludiendo aquí obviamente a la concepción cosmológica náhuatl que consideraba al universo vertical formado por una especie de “pisos celestes”, por encima de los cuales avanzaban los distintos astros.⁴²

⁴¹ *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 175v; AP I, 33.

⁴² Tal vez cause extrañeza ver que aquí se dice que son doce los cielos, cuando ya hemos encontrado en el *Códice Vaticano A 3738* y en el Ms. de Thévét la enumeración de trece. La variante puede explicarse de varios modos. Puede tratarse de un error del informante. O bien pudiera ser que haya habido diferencia de opiniones, ya que en otro texto de los *Anales de Cuauhtitlán* hemos visto que sólo se mencionan nueve divisiones o travesaños del cielo.

Línea 4. *Allá vive el verdadero dios y su comparte.*

Son ésta y las dos siguientes las líneas más importantes del texto que analizamos. Se nombra aquí expresamente al principio supremo descubierto por el pensamiento náhuatl. Es, como con claridad lo dice el texto, *in nelli téotl* (el verdadero dios). Mas, para comprender realmente el significado de esta frase, es necesario que recordemos la connotación de la palabra *nelli*: verdadero, cimentado, firme. Se dice por tanto que quien allá en el decimosegundo cielo vive es el dios bien cimentado, el fundado en sí mismo: *nelli*. Y conviene recalcar que se habla de *un dios (téotl)* y no de dos o varios, ya que entonces tendría que encontrarse la palabra *teteo* (dioses), plural de *téotl*.

Pero, siendo uno este *nelli téotl*, se añade en seguida, por medio de una forma verbal sustantivada, que tiene “su comparte”: *i-námic*. Esta última palabra, derivada del verbo *namiqui* (encontrar, ayudar) y del prefijo posesivo *i-* (de él), según el diccionario de Molina, significa literalmente “su igual, o cosa que viene bien y cuadra con otra”.⁴³ Aquí, apegándonos a éste, su sentido estricto, hemos traducido *i-námic* como *su comparte*, para indicar así la relación en que se halla el *nelli téotl* con “su igual o lo que con él embona”. No se trata de otro principio distinto, sino de lo que llamaríamos algo que se aúna con el principio supremo, o que comparte con él la condición de ser el *nelli téotl*: dios cimentado en sí mismo.⁴⁴

Líneas 5 y 6. *El dios celestial se llama Señor de la dualidad; y su comparte se llama Señora de la dualidad, Señora celeste.*

Nos ofrece aquí el texto la clave para comprender a fondo el sentido de la idea de “un dios verdadero y su comparte”: “el dios celestial (*ilhuicatéotl*) se llama Señor dual (*Ometecuhtli*)”. Siendo

⁴³ Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, f. 38v.

⁴⁴ Ya hemos visto en la Introducción el parecer de H. Beyer que, respondiendo a una posible objeción sobre la unidad del *nelli téotl*, dice: “Y el que el antiguo dios aparezca (a veces) en forma femenina, contradice tanto y tan poco al principio monoteísta, como la Trinidad cristiana.” (H. Beyer, “Das aztekische Götterbild Alexander von Humboldt’s”, en *op. cit.*, p. 116.) Sin adentrarnos aquí en una difícil comparación de la ambivalencia del concepto del *nelli téotl* con la idea cristiana de un Dios trino y uno, sí podemos afirmar, como lo hace Beyer, que la atribución de más de un rostro a la divinidad no destruye necesariamente su unidad.

uno —como ya se ha visto—, posee al mismo tiempo una naturaleza dual. Por este motivo, al lugar metafísico donde él mora se le nombra *Omeyocan*: lugar de la dualidad, y por esto también es designado en otros textos con el nombre más abstracto aun de *Ometéotl* (dios de la dualidad). En función de esto, el nombre de su comparte, “de su igual” (*i-námic*), es, como lo dice el texto: “Señora dual” (*Omecíhuatl*).

Vemos, por tanto, que el pensamiento náhuatl, tratando de explicar el origen universal de cuanto existe, llegó, metafóricamente, por el camino de *las flores y el canto*, al descubrimiento de un ser ambivalente: principio activo, generador y, simultáneamente, receptor pasivo, capaz de concebir. Aunando así, en un solo ser, generación y concepción —lo que hace falta en nuestro mundo para que surja la vida—, se está afirmando, primero implícitamente y después en otros textos explícitamente, que el *nelli téotl* o, por otro nombre, *Ometéotl*, es el principio cósmico en el que se genera y concibe cuanto existe en el universo. Y ante la posible objeción de que se trata sólo de una proyección antropomórfica del proceso generativo humano sobre el trasfondo del más allá, “de lo que está por encima de nosotros”, cabe contestar que ya los mismos *tlamatinime* cautamente dijeron que acerca del Dador de la vida “puede que nadie diga la verdad en la tierra”.⁴⁵ Pero al mismo tiempo, escapándose al escepticismo universal, añadieron que para conocer lo verdadero sólo existía tal vez el camino de la poesía: flor y canto. Ahora bien, podemos preguntarnos, ¿no es ciertamente una metáfora maravillosa esta proyección que personifica, y aún en la divinidad, más allá de toda limitación temporal, el acto generativo que produce a los hombres lo más elevado que con “flores y cantos” se puede imaginar? Y no sólo se trata de una mera imaginación, ya que la idea de *Ométeotl*, considerada en su *ambivalencia dinámica*, permite a la mente náhuatl encontrar en la acción generativa de *Ométeotl*, más allá del tiempo y el espacio, el principio supremo, origen y fundamento de lo que existe y vive en el *Cem-a-náhuac* (el mundo). Tal es el meollo de la profunda concepción náhuatl de la divinidad.

⁴⁵ Ms. *Cantares mexicanos*, f. 13r.



Línea 8. *sobre los doce cielos es rey, es señor.*

A modo de conclusión de lo que anteriormente se ha dicho, se afirma, por una parte, lo que hoy llamaríamos *trascendencia* de la divinidad: “está sobre los doce cielos”, y por otra, el dominio que tiene sobre las cosas que existen, respecto de las que es señor (*tecuh-tli*) y rey (*tlatocati*). Ideas ambas que resumen admirablemente dos aspectos fundamentales de *Ometéotl*, considerado como supremo principio metafísico, que está “por encima de nosotros” y que es dueño de todo cuanto existe, gracias a su no interrumpida acción generadora universal.